justas persecuciones. Natural parecía reposar ahora de los trabajos y hondas penas en la alegría del triunfo; pero ella, incansable en el servicio de Dios, voló desde su cárcel para consolar á muchas pobres criaturas tan anhelantes y deseosas de su visita.





CAPÍTULO IV

LA ERMITA DE VILLANUEVA DE LA JARA

I

Toledo, encontró allí cartas que le dirigían desde un pueblecito cercano á la Roda, llamado Villanueva de la Jara; como los que escribían ignoraban su situación, le hacían vivas instancias para que fuera en seguida á fundar un monasterio. Los pliegos eran del Ayuntamiento de la villa y del doctor Agustín Hervias, que daban del asunto las noticias siguientes.

Había en el pueblo una ermita dedicada á Santa Ana, y en una casita aneja á ella vivían recogidas nueve doncellas pobres, que deseaban profesar la Orden del Carmen. La bondad de las aspirantes, su honestidad y virtudes, excitaban el interés de sus convecinos, y todos se unían para rogar á la santa Madre admitiera á estas doncellas entre sus hijas. Llevaba las

512

cartas un respetable sacerdote, que instó eficazmente à Teresa; mas ésta le confió las circunstancias en que se hallaba, y la imposibilidad, así de salir de Toledo, como de fundar, por habérsele quitado las licencias, y el mensajero tornó á marchar con harta pena.

Durante los cuatro años que duró la injusta reclusión no dejaba la santa Madre de pensar en la nueva casa, proponiéndose acudir á ella tan pronto como le fuera posible. Por la misma época, Fr. Antonio de Jesús, desterrado también en el convento de Nuestra Señora del Socorro, tres leguas de Villanueva de la Jara, fué á este pueblo á predicar, y llevó de compañero á Fr. Gabriel de la Asunsión; algunas circunstancias, sin duda providenciales, hicieron que los religiosos conocieran á las piadosas reclusas de la ermita, y edificados de su devoción escribieron á la fundadora, informándola de la bondad y fervientes deseos que animaban á aquellas mujeres, y concluían por decir:

-«Deje su reverencia à Toledo y venga, que es muy en servicio del Señor la obra que aquí ha de hacerse.»

Vacilaba á pesar de esto la santa Madre, pues le parecía que la propuesta no llevaba fundamento. La reunión de tantas mujeres acostumbradas á gobernarse por sí, le hacía creer que no se sujetarían de buen grado á la estrecha Regla del Carmelo, y á tales motivos de vacilación se unía que, siendo Villanueva lugar muy pobre y haber en él otros conventos, el más nuevo sufriría todos los trabajos, moviéndole las dichas consideraciones á procurar impedir que Fr. Angel de Salazar diera licencia para hacer la fundación.

Pero su espíritu no sosegaba, y antes de hablar al Provincial se recogió un día en oración, batallando entre los inconvenientes que presentía y el temor de estorbar el bien que ansiaban aquellas almas; la voz del Esposo vibró severa para reprenderle lo que hacía con estas frases:

-; Con qué tesoros se ha hecho hasta aqui? No dudes admitir esa casa, que será para servicio mío y bien de las almas. (Fundaciones, cap. XXVIII, núm. 7.)

No cabía ya oposición en la fundadora; y decidida á no dilatar el cumplimiento de la voluntad divina, dejó á Malagón, donde se hallaba, y llevando consigo la licencia del Prelado se puso en camino el 13 de Febrero de 1580, acompañada de algunas religiosas, de Fr. Antonio de Jesús y Fr. Gabriel de la Asunción; iba tan agravada en sus males, que temía expirar antes de llegar al término de la primera jornada.

II

Hacía un frío cruel; las ramas de los árboles estaban cubiertas de copos de nieve, en cuya deslumbradora blancura reverberaban los pálidos rayos del sol las pocas veces que el astro del día se mostraba á los ateridos viajeros; espesas nieblas y torbellinos de nieve, arrebatados por un viento casi siempre impetuoso, dificultaban más el camino, de suyo difícil; pero como quien rinde su voluntad al Señor halla por premio ser favorecido en los trabajos, he aquí lo que refiere la santa Madre á propósito de este viaje:

«Partimos de Malagón, y parecióme que nunca había tenido mal; que yo me espantaba y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca constitución cuando entendemos se sirve al Señor, por contradicción que se ponga delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, sería lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos de nosotros; ¿para qué es la vida y la salud, sino para perderla por tan gran Rey y Señor?» (Fundaciones, cap. XXVIII, núm. 8.)

A medida que adelantaba en su marcha sentía la fundadora inesperado alivio, hasta hallarse ágil, fuerte, llena de ánimo, rosado el semblante, y tal, en fin, que respiraba el helado ambiente cual aura de vida. El tiempo mejoraba también, como para favorecerla, y poco á poco vencía todas las dificultades que al principio se le presentaron.

Precedía de tal modo á Teresa la fama de sus virtudes, que este viaje era un tormento continuo para su humildad, y un triunfo para los muchos que la amaban: de todos los pueblos salía tanta gente á verla, que en deteniéndose ella, se formaba alrededor suyo inexplicable confusión. Pasó algunas horas en Villarrobledo, y era tanta la multitud que fué preciso poner alguaciles en la puerta de la casa donde se hospedaban, y aun no bastó, pues se subían los curiosos para atisbar y aún entrar por las tapias de los corrales. Al volver á emprender el camino rodeábanla aquellas buenas gentes para aclamarla, y le pedían á

gritos su bendición, mientras los niños se la mostraban unos á otros, y decían:

-¡La Santa, mirad á la Santa!

Al oir estas voces, palpitaban de tierna alegría los corazones de sus compañeros, y muy especialmente el del anciano Provincial; en cambio se oprimía de dolor el de la fundadora: sus mejillas enrojecían bajo el velo, y se le llenaban los ojos de lágrimas; el deseo de no recibir ovaciones le sugirió la idea de ponerse en camino tres horas antes de la anunciada, prefiriendo la obscuridad peligrosa de la noche al alboroto de la gente.

Mas resultaban vanas sus precauciones, pues cuanto más hacía por ocultar los méritos de que Dios la había dotado, tanto más realzados aparecían; así las noticias volaban de un pueblo á otro, y por dondequiera se veía rodeada de obsequiosa multitud.

TIT

Un labrador muy rico y devoto de la Orden, que habitaba una de las aldeas por donde la fundadora debía pasar, empezó á disponer su casa para recibirla con el fausto que le permitía su fortuna y la alegría que le llenaba el corazón. De los pueblos inmediatos hizo venir tres hijas casadas, con sus esposos y familias; aderezó espléndidamente las habitaciones, preparó una delicada comida, y reunió bajó su techo criados, trabajadores y hasta el ganado que dedicaba á la labor, para que la santa Madre echase la bendición á todo lo que le pertenecía.

Pero Teresa tuvo noticia de estos preparativos,

y deseosa de evitar los homenajes, ni pudo ni quiso detenerse en el pueblo, y salió precipitadamente apenas llegó; mas esta vez no le valió la modestia; el labrador, muy afligido al saber que había marchado, reunió aceleradamente á su familia y servidumbre, y hasta al mismo ganado, tomó un atajo conocido de los naturales del país, y cuando la santa Madre se felicitaba de haber evitado lo que le servía de tormento, se halló rodeada de los sencillos aldeanos, que no querían perder la anhelada bendición.

Enternecida por tal constancia, aunque se juzjaba ruin para complacerlos, Teresa de Jesús mandó detener el carro; les dió en breves palabras admirables documentos, les encomendó á Dios muy de corazón y tornó á marhar, dejándolos tan alegres como si tuvieran consigo las ma-

vores felicidades.

Muy lejos iban, y aún repetían los ecos de las montañas los entusiastas gritos de los buenos labradores. (El espíritu de estos párrafos es de lo referido por el P. Yepes en el t. I, lib. II, fol. 404.)

IV

Tres leguas antes de llegar á Villanueva de la Jara se divisó el convento de Nuestra Señora del Socorro, donde Fr. Antonio de Jesús y Fr. Gabriel de la Asunción habían dispuesto detenerse mientras se avisaba al pueblo para que previnieran honroso recibimiento; no era tal la voluntad de Teresa, mas por obediencia á los que veneraba como superiores hubo de conformarse con lo que dispusieron.

El monasterio estaba fuera de camino, en un lugar áspero y desierto; árboles desnudos, brezos y retamas, musgo que empezaba á verdear, y grupos de palmitos entre los pedregales y tierras calizas, eran toda la vegetación que le rodeaba. Cuanto desde él divisaron á los viajeros, se abrió la puerta y salió la Comunidad cantando el Tedéum para recibir á su Prior.

La puesta del sol, la soledad absoluta y el silencio que reinaba, turbado sólo por las notas del religioso himno; la vista que hacían los monjes, cuyas capas blancas brillaban desde lejos entre el verde tierno del musgo, conmovió el corazón de la santa Madre y le inundó de suaves delicias; algunas lágrimas descendieron lentamente por sus mejillas, mientras, cruzadas las manos en éxtasis, se anegaba su espíritu en tan grata contemplación.

«Parecíame estar—dice—en el florido tiempo de nuestros Santos Padres; parecían en aquel campo unas flores blancas y olorosas, y así creo lo serán para Dios, porque á mí me parece se le sirve allí muy de veras.» (Fundaciones, capítu-

lo XXVIII, núm. 9.)

La iglesia estaba labrada de modo que la entrada era por una cueva muy semejante á la del profeta Elías. ¡Cuánto gozó Teresa al penetrar bajo aquellas humildes bóvedas, que por su misma pobreza infundían más devocion! El espíritu de Doña Catalina Cardona, que fundó el templo, brillaba en él, y parecía flotar hasta en el ambiente que se respiraba. La memoria de tan extraordinaria criatura era á la vez amada y dolorosa para Teresa de Jesús, que se creía muy

inferior á ella: representábase el secreto y aspereza de su vida, la penitencia en que igualaba los rigores de los ermitaños del yermo; el abandono que hizo de las riquezas y vanidades del mundo, y se decía muy confusa que, teniendo mayores pecados que ella, le faltaba mucho para imitarla en la manera de expiarlos. De estas reflexiones sacaba su humilde corazón grandes motivos para pedir misericordia y anegarse en un piélago de amarguras, cuando vió en visión intelectual y gloriosa á la Madre Catalina rodeada de muchos ángeles y espíritus bienaventurados.

La que no gastó en vida sino un hábito de buriel, ni durmió más que en estrecha cueva, alimentándose de silvestres raíces, se mostraba tan radiante de hermosura que todo el brillo del sol no igualaba al de su rostro y vestidos; miró sonriente á la santa Madre, y la consoló con estas palabras:

—No temas; procura ir adelante con esas fundaciones. (Fundaciones, cap. XXVIII, núm. 18.)

Gran devoción quedó á Teresa hacia tan admirable criatura; se informó minuciosamente de cuanto tenía relación con ella, y lo escribió para su alabanza. ¡Dichosa existencia, que mereció pasar á la posteridad autorizada por la pluma de tan sabia como santa cronista!

V

El primer domingo de Cuaresma (21 de Febrero de 1580) llegó la fundadora á Villanueva de la Jara; y desde que á buena distancia del pueblo divisaron el carro en que venía, las cam-

panas, con alegres repiques, se encargaron de anunciar la dichosa nueva. El Párroco, el Ayuntamiento, las personas notables y todos los vecinos, salieron á recibirla y se arrodillaron en torno de ella, lo que causó á Teresa tal confusión que no sabía cómo librarse de tales rendimientos; al fin pudo lograr que la dejasen marchar hasta la iglesia, en cuya puerta se incorporó á la procesión que salía en aquel instante.

Abrían paso los pendones de las cofradías del lugar, honrosamente acompañados de muchos hombres con hachas encendidas; seguía el clero con cruz alta, y después las andas en que iba una imagen de la Virgen costosamente alhajada, precediendo á otras cubiertas de brocado, en donde llevaban el Santísimo Sacramento, y cerraban la procesión las hijas del Carmelo, acompañadas del Prior de la Roda; una armoniosa capilla de música entonaba dulces motetes, y para que la solemnidad fuese mayor había en las calles muchos altares, dispuestos con gran riqueza.

La ermita de Santa Ana, donde iba á fundarse el monasterio, era piadosa memoria de un buen clérigo zamorano, llamado Diego de Guadalaxara, que había sido religioso carmelita y la hizo al lado de la casa en que vivió. Labrada con cuantas comodidades requería el objeto á que se dedicaba, la puso en comunicación con su morada; y deseoso de su engrandecimiento por la gran devoción que le tenía, fué á Roma y trajo muchas bulas de indulgencias y perdones para el humilde santuario; á su muerte dejó este devoto la ermita á condición que se hiciese de ella un convento del Carmen; y en caso que tal no

pudiera conseguirse, que tuviera un capellán y se dijesen algunas Misas.

Cumplióse la voluntad del difunto, y durante veinte años tuvo la ermita su capellán; era, sin embargo, éste algo descuidado, y no mostraba celo alguno en el adorno y aseo necesiario, llegando á tanto el abandono que despertó la devoción de nueve pobres mujeres, las cuales se recogieron en la casita resueltas á cumplir allí el piadoso deseo de Diego de Guadalaxara. Vivían con gran recogimiento, mantenidas del trabajo de hilar á la rueca, y como es de suponer con la escasez propia de tan cortos recursos, haciendo del ayuno, penitencia y oración el empleo de todas sus horas.

Júzguese la alegría de aquellas almas tan fervorosas, cuando, con la llegada de Teresa de Jesús, vieron realizados sus más ardientes anhelos. ¡Con qué sentimientos de encendido amor miraban acercarse la procesión que les traía todo su bien, y cuán íntimo gozo experimentaron viendo colocar el Santísimo Sacramento, que convertía la ermita en cerrado monasterio!

Con extremos de gratitud recibieron después el santo hábito de manos de la fundadora; y si la perfecta felicidad cabe en la tierra, fué ciertamente la que disfrutaron desde aquel día las devotas reclusas de la ermita de Santa Ana.

Cuando terminó la solemne ceremonia y se hubo retirado el numeroso acompañamiento, llevaron por toda la casa á la santa Madre, muy temerosas de que la pobreza en que vivían la hiciera arrepentirse de lo hecho, sin comprender cuánto enamoraba esta virtud á la fundadora, y

cómo las señales de ella eran nuevos motivos para estimar á quienes la profesaban. Así admiró las ruecas con su pomposa carga de lino blanquísimo; los husos de hierro gastados por el trabajo diario; el horno de cocer pan, pequeño y apropiado; las humildes tarimas en que reposaban, y los antiguos breviarios que debían á la caridad, en los cuales leía una sola, y no bien, haciendo interminable el tiempo de la lectura y oración. Contenta visitó el huertecillo, donde descollaba como rey un peral, desnudo entonces de hojas y de fruto, y algunos manzanos pequeños; vió en la puerta de la calle la aldaba, que durante mucho tiempo fué la única seguridad de la casa, y á la que jamás osó llegar ninguna; y concluída lo que pudiéramos llamar revista de inspección, las reunió en el aposento más capaz y les hablo de este modo:

VI

—Mucho me ha complacido, hijas y hermanas mías, la morada donde el Señor ha tenido la dignación de llamaros, y yo la ventura de fundar monasterio; pobre es, gloria á Dios, que tal parece como yo lo deseaba, y en mi sentir vale más que todas las grandezas del mundo. «Dígoos en verdad, mis hijas, que honras y dineros casi siempre andan juntos, y quien quiere honras no aborrece dineros, y que á quien le aborrece se la da poco la honra, según el mundo la entiende.» (Camino de Perfección, cap. II, núm. 4.)

«Para que más gocen en el bien que ofrecen estas casas, añadiré que la verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por sólo Dios, digo); no ha menester contentar á nadie, sino á Él, y es cosa muy cierta, no habiendo menester á nadie, tener muchos amigos. Dos horas son de vida, grandísimo el premio; y cuando no hubiere ninguno, sino cumplir lo que nos aconseja el Señor, era grande la paga con imitar en algo á Su Majestad.»

«Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todos modos la queramos guardar y en casa, en vestido, en palabras, y mucho más en pensamientos; y mientras esto, no haya miedo que caiga la Religión en esta casa con el favor de Dios; que, como decía santa Clara, grandes muros son los de la pobreza; de éstos y la humildad quería ella cercar sus monasterios; parezcámonos en algo á nuestro Rey, que no tuvo casa, sino el portal de Belén, donde nació, y la cruz donde murió. ¡Casas eran éstas donde se podía tener poca recreación!» (Camino de Perfección, cap. II, núm. 5.)

¡Oh mis hijas, qué contenta estoy de verme entre vosotras! Admiren la providencia del Señor, que, después de tantos trabajos, les ha otorgado el premio; pues está hecho lo más, poco ó nada cuesta ya hacer lo menos, que es cumplir fielmente la santa Regla que ha de regiros.

¡Con qué tierna devoción escuchaban las novicias aquella voz suave, reposada y llena de encantadoras vibraciones ¡¡Cómo se mostraban dispuestas á los mayores sacrificios, y se encendían en deseos de que las pusieran á prueba para dar testimonio de su fe!



CAPÍTULO V

EN VILLANUEVA

I

ARECIENDO, si no posible, á lo menos probable que, acostumbradas á gobernarse por sí, fuera pesado á las nuevas religiosas el yugo de la Priora que Teresa les había impuesto, quiso la santa Madre permanecer algún tiempo en Villanueva de la Jara, y observar cómo desempeñaba su cargo María de los Mártires, y en cuál modo correspondían las novicias á los desvelos de su Prelada. Esta prueba fué sumamente honrosa para la pequeña Comunidad, y la fundadora admiraba su buen espíritu, perfección, orden y alegría en el trabajo, mientras ellas á su vez se edificaban con la virtud y ejemplos de su venerable Madre.

Mas no se crea que en los dos meses que allí pasó permaneciera inactiva; aprovechaba el tiempo en contestar la numerosa correspondencia con que de todas partes le asediaban, y escribía á